

Un trazo de *Apuntes Postmodernos*

José Antonio Solís Silva

I.- EMPEZANDO A EMPEZAR

PALIMPSESTO: del griego, *palimps ston*, raspado repetidas veces. Un palimpsesto es un pergamino que se usaba en la antigüedad casi como se usa hoy en día una pizarra de colegio. Se escribía en la superficie del pergamino que luego se raspaba para borrar lo escrito y poder volver a escribir sobre esa superficie. Lo que resulta interesante es que el raspar solamente lograba borrar a medias lo escrito y, por tanto, podían verse a simple vista los trazos, o restos, de los diferentes manuscritos. El efecto total del palimpsesto es la creación de un texto fluido que emerge de la conformación de muchas grabaciones sobre una misma superficie. El palimpsesto, en su conjunto, aparece como un texto de múltiples niveles, siempre en juego fluido y carente de la presunción de autoridad, de ser imperturbable o definitivo. En el mundo antiguo lo escrito (*¡Escrito está!*) estaba ungido de autoridad, de verdad dada con carácter definitorio y definitivo, permanente e inalterable. El palimpsesto era todo lo contrario.

La realidad misma del palimpsesto refleja temporalidad e historicidad, pero también refleja el diálogo de diferentes escribanos afanados, en última instancia, en comunicar algo, decir algo, significar algo. Este acto de significación, como el lanzamiento de una flecha, tiene una *diana* y esa diana actúa como un *horizonte* real, aunque siempre en desplazamiento. Este *horizonte* funciona como un telón de fondo en el teatro, es decir, como aquello contra lo cual adquiere su *presencia* lo que ocurre en el escenario del teatro. El *horizonte* del texto es el horizonte contra el cual toma su *presencia* el *sentido* del texto; la ambigua posibilidad de *su verdad*. El texto no representa sino *presenta*. Es este horizonte el que alimenta la esperanza de *sentido* de todos los escribanos y contra él, y por él, se hace válido el llamarle al juego de los textos un *diálogo* y no un *guirigay* suspendido en el vacío, una serpiente tragándose a sí misma. El *sentido* (*meaning*) es *consentido*, pero no *contemplado*. (Valga el juego).

Apuntes Posmodernos, en su intención original, en su manera de vivir, en su manera de funcionar y de interpretarse a sí misma, pretende comportarse como un modesto *palimpsesto*.

Surgió en el año 1990 de un grupo de amigos, cubanos, cubanoamericanos, hispanos, latinos, americanos de origen hispano que compartían una

pasión por los textos que nos hablan de lo humano. Pero eso de «lo humano» puede resultar una abstracción un poco solemne. Deja de serlo cuando empieza por lo inmediato, mi compañera o compañero, mi amiga o amigo, mis padres y hermanos, mis vecinos, mi «otro u otra». Esto de «el otro» u «otra» no entendido en el sentido sociológico del excluido, sino en el sentido más directo e inmediato de aquel o aquella que me emplaza no solamente a nivel del entendimiento, sino también a nivel de *mi sí* y de *mi no*. *Apuntes Posmodernos* no surgió de un proyecto político, surgió del diálogo feliz, si bien no llevado a la ligera, de amigos y amigas. En su orden de procedencia no parte del «problema cubano». Parte de la celebración de la amistad, de la celebración de la vida y de la pasión por el *misterio* de lo humano acerca del que aprendimos a dialogar con compañeras y compañeros próximos y distantes en el tiempo, en la geografía y en la interpretación.

II. LA CUESTIÓN DEL LO HUMANO

Escribimos eso del «misterio de lo humano» entre comillas y con minúscula porque lo queremos sin solemnidad y porque el uso de «misterio» requiere aclaración. Un *misterio* no es un *problema*. Un *problema* es una pregunta acerca de un tema objetivable para cuya respuesta falta información. Un *problema* es una cuestión abierta que podemos colocar delante de nosotros con clara objetividad, pero para cuya resolución nos faltan datos esenciales. Por el contrario, *misterio*, en el sentido en que aquí lo usamos, es una pregunta acerca de un tema que por no ser objetivable, intrínsecamente, no tiene una respuesta que pueda ser completamente expresable en el lenguaje *lógico-proposicional*, es decir, *teórico*. No se trata de que falten datos esenciales, sino de una característica intrínseca al tema, no ser completamente reducible al lenguaje *lógico-proposicional*, a la *teoría*. El *misterio* de lo humano así entendido subsume el *problema* de lo humano, que sí es reducible a lo teórico, pero no co-extensivo con ello. El *misterio* de lo humano subsume todos sus *problemas*, los necesita, los enmarca. No se puede llegar al *misterio* de lo humano, ni enfocararlo, si se soslayan los *problemas* de lo humano.

La pasión por este *misterio* nos abre a un diálogo que busca interlocutores cercanos y lejanos, y a estos últimos se puede llegar solamente a través del *texto*, ese madeja *pluriforme* de signos de diferentes modalidades. Podrá parecer paradójico que la pasión por el *misterio* de lo humano nos lleve al texto. Lo es y no lo es. Sería paradójico si ese *llevarnos* al texto se diese al margen del emplazamiento que el otro, o la otra, le hace a *mí sí* y a *mi no*, si se diese al margen de mi historicidad, de mi concreción, de mi carne y de mi sangre. Albert Camus decía que «nadie da su vida por el argumento ontológico» y suplementamos a Camus añadiendo «que nadie *vive* su vida por el argumento ontológico». Sería también paradójico si se entendiese el texto como depósito unívoco de *verdades atemporales* o falsedades de absoluta oscuridad. Sin embargo, al no darse ninguna de estas dos posibilidades la paradoja resulta puramente aparente y la pasión por el *misterio* de lo

humano nos lleva al juego de un diálogo celebrado en la riqueza de nuestra concreción, de nuestro tiempo y lugar, de nuestros compañeros y compañeras de camino, de nuestra carne y sangre. Con y entre ellos, encuentro el texto y lo interpelo; escribo el texto y me abro a su interpelación en un movimiento constante de palimpsesto.

Es de ese diálogo vivo, sostenido con y en torno al texto entendido como palimpsesto y ubicado en la concreción de la amistad, que surgió, se alimentó y se alimenta *Apuntes Posmodernos*.

El nombre de la revista se presta a ser tomado como pretenciosa y pedante fascinación con lo nuevo por lo nuevo, pero en esa opción de nombre está encerrado el porqué de nuestro enfoque y de nuestro modo de estar como publicación. Por tanto, se hace inevitable una explicación que, a riesgo de aburrir o perder al lector, pasamos a desarrollar en las páginas que siguen. Advertimos que, dado el tema de lo posmoderno y sus enfoques y discursos, el texto puede adquirir una densidad y un peso específico que tratamos de aliviar a toda costa, aunque no siempre con éxito. «Guerra avisada no mata soldado», dice el refrán castellano, y le añadimos la sabiduría criolla que nos recuerda que «la sarna con gusto no pica y si pica no mortifica». A partir de aquí, los que sigan leyendo el texto lo hacen a riesgo propio y aceptan la temeraria invitación de adentrarse en la aventura del palimpsesto posmoderno.

III. EL MUNDO COMO TEXTO; UNA EXPLICACIÓN

Cuando hablamos del «texto», usamos el término en dos sentidos. En su sentido más amplio, texto es todo lo que es objeto de entendimiento pero, a su vez, todo lo que es objeto de entendimiento es objeto de interpretación. Entender es interpretar. Toda nuestra relación con la realidad, con nosotros mismos, con los demás, se da en clave de entendimiento y por ende de interpretación.

No hay nada con la que entremos en contacto que no se dé en clave de entendimiento. Cuando salgo de mi casa a una mañana maravillosa, salgo al sol, al cielo, a la hierba verde, a las casas o edificios que me rodean, *nombre* todo, que quiere decir que entiendo todo, es decir, que interpreto todo. Obviamente, no se trata de un entender *teórico*, *científico*, se trata de un primer entender, de una primera interpretación sobre la que después, previa objetivación y sometimiento a los parámetros lógicos o matemáticos, se construirá el entendimiento teórico de las ciencias. Sin embargo, el primer entendimiento, esa primera interpretación, la hacemos guiados por nuestra lengua, nuestra cultura (en el sentido amplio). De ahí que aprender un idioma no es simplemente adquirir las técnicas gramaticales y fonéticas de otro idioma, sino cambiar de mundo. Los que emigran a países de lengua diferente a la suya conocen bien la dificultad de trascender mundos. Cuando se les pide que aprendan el idioma del nuevo país se les está pidiendo que emprendan un camino de transformación. Ésta es una transformación no carente de riesgos, pero solamente aquellos que se lancen decididos a ese

riesgo logran eventualmente «dominar» la nueva lengua, o ser «dominados» por ella, vivir en ella con comodidad y soltura; un tremendo desafío más fácilmente confrontado en la juventud.

Vivir es, siempre y de antemano, vivir en un mundo que es vivir en clave de entendimiento, de interpretación. La alternativa a esto sería proponer una especie, en la aguda frase de Nietzsche, de «dogma de la immaculada percepción» donde la realidad nos llegaría al intelecto unívocamente y de manera prístina, y por pura imposición sobre los sentidos. Este sería un ser humano pasivo, como ordenador o *computer* sin sistema de operación sobre el que la naturaleza impone su data. Pero el ser humano es fuente radical de acción y tiene sistema de operación, es decir, tiene lengua, tiene cultura, tiene historia; vive en sociedad, en estructura política, en economía, en nación, en ciudad, en barrio, en familia. Por eso, insistimos, el mundo en que vivimos es ya, siempre y de antemano, un evento de interpretación guiado por una cultura (en su sentido más amplio y *pluriforme*), por una lengua y por una historia. Por tanto, y en este primer sentido amplio, el mundo es *texto*; es, a la vez, resultado y objeto de interpretación.

Para mí, ese texto que leo y que siempre estoy *re-entendiendo* y *re-interpretando*, está escrito primero en castellano, en cubano. Jugábamos en el colegio, para matar el mediodía después de almuerzo, un juego que llamábamos «el juego del personaje histórico escondido». Uno de los jugadores escribía secretamente en un papel el nombre de un personaje histórico y los demás jugadores trataban de descubrir la identidad del personaje. Para lograrlo tenían que hacer preguntas que pudiesen ser respondidas con un «sí» o un «no». Si recibían diez «noes» quedaban eliminados. El que descubriera la identidad del personaje escondido antes de recibir diez «noes», ganaba el juego. Para evitar recibir un «no» se desarrollaba una estrategia de preguntas. ¿Nació en el hemisferio norte? ¿Nació en el hemisferio occidental? ¿Nació antes del 1900?, etc. Lo interesante, reflexionado en la distancia y perspectiva de los años, es que las preguntas revelaban nuestras presuposiciones, esa red de categorías de entendimiento, de interpretación, con que hacíamos nuestro mundo y con las que nuestro mundo nos hacía a nosotros. Años después, leyendo a James Joyce en *A Portrait of the Artist as a Young Man*, veía cómo su protagonista, Stephen Dedalus, hacía algo semejante en su afán de ubicarse, de entenderse a sí mismo:

Stephen Dedalus
Class of Elements
Clongowes Wood College
Sallins
County Kildare
Ireland
Europe
The World
The Universe.

Desplegando así, parcialmente, en sus garabatos, ensimismamientos y pasatiempos de muchacho, una de las estructuras de su red de interpretación, su mundo.

En definitiva, *todos* los escribanos expresan, explícita o implícitamente, su interpretación inscrita en su entendimiento de la realidad y de sí mismos; es decir, nos muestran *su mundo*, *su modo de ser humano*, su respuesta a la pregunta ¿quién soy yo? ¿Qué significa ser humano, la vida humana? ¿Qué significa el «todo» de la realidad? Es eso, en sí mismo, lo que emplaza al lector, lo que lo interpela, lo que lo conduce a un diálogo acerca de los temas comunes, del *tema común*, *el mundo y el modo de ser humano en todos sus despliegues*. Ese diálogo no se realiza cancelando distancias de tiempo y espacio, sino, precisamente, valiéndose de ellas. No podemos traer el distante mundo del texto a habitar en nuestro mundo, ni podemos cancelar nuestro mundo para trasladarnos al mundo del texto. El texto trae su propio horizonte interno y el lector trae el suyo. Es del juego dinámico, de la «fusión» de esos dos horizontes que surge un horizonte *nuevo* a la luz del cual el texto arroja nuevas posibilidades, nuevos entendimientos, nuevas interpretaciones. Todo texto es siempre el mismo y, sin embargo, *nuevo*; es el juego de la *repetición* y la *irrupción* de lo nuevo. Un texto es «clásico» no porque siempre dice lo mismo sino porque, siendo el mismo, siempre es capaz de decir algo nuevo bajo la interpelación, la interrogación de un nuevo lector. La capacidad de generar preguntas nuevas, la capacidad de preguntar, que es la capacidad de someter el texto a un nuevo horizonte interpretativo, está en el meollo mismo del *misterio* de lo humano. Lo único verdaderamente nuevo sobre la faz de la Tierra es lo que emerge de ese *misterio*.

IV. LA DIVERSIDAD DE LOS TEXTOS; CONTINÚA LA EXPLICACIÓN

¡Cuántas preguntas emergen de, y contra, ese texto del mundo: el *otro* que tengo delante, la justicia en todos sus despliegues, el amor en todos sus alcances y direcciones, el bien en todas sus valías, el poder en todos sus usos y abusos, la belleza en todas sus presentaciones, el placer y el dolor en toda su desnudez, la vida y la muerte! ¡Cuántos temas en ese diálogo acerca de ese amplio primer texto que es el mundo! Éste es un diálogo que, en un principio, se vive de manera inmediata. En mi caso, allá en el «patio grande» del colegio. Allí lo disfrutábamos sentados sobre las recias raíces de un árbol y refugiados en el claroscuro que su sombra creaba contra el sol de un mediodía habanero. Más adelante, lo trasladamos a una mesa en un café acogedor de El Vedado que nos permitía el trasnochar un poco al calor de la conversación y después lo trasladamos a otras latitudes donde el café sabía distinto, pero donde había mejores quesos. Pero ese diálogo, se dé donde se dé, y entre quienquiera que se dé se expande más allá de El Vedado, de La Habana, más allá de Cuba; se amplía más allá del castellano, más allá del inglés, del francés, del alemán; viaja más allá del siglo XX, del siglo XIII; mas allá del latín y del griego y del hebreo.

Muchos interlocutores van entrando en el diálogo desde muchos mundos y muchos tiempos. A la entrada de esos interlocutores, de esos nuevos compañeros y compañeras de diálogo, nuevos hermeneutas, pasamos del *mundo*, el primer texto, al texto ya en sentido más estrecho. Es decir, pasamos a la piedra grabada, al pergamino, a la página ilustrada; nos trasladamos a la página impresa en el aparato de Gutenberg, al texto construido digitalmente en el ordenador, al papel serigrafiado por el rayo láser. Y también nos trasladamos al lienzo con líneas y colores que crean un texto de imágenes que interpretan el mundo; pasamos a una página con notas que un músico interpreta para que su autor pueda entrar en diálogo con otros; pasamos a una pantalla, grande o chiquita, donde se desarrolla un relato hilvanado por sus propias y muy diversas sintaxis.

El texto no es un evento unívoco, dividido en depósitos estancos, o separado en clasificaciones rígidas o en vasos no comunicantes. El texto es un evento fluido y multiforme, tanto en cuanto que mundo, como en cuanto que texto estricto, hecho en signos, imágenes o notas musicales. En todos los casos es palimpsesto. La poesía, la novela, el cuento, el ensayo histórico, los estudios de las ciencias sociales, y aun el texto de las ciencias duras, que en su huida hacia el lenguaje de las matemáticas no se libra de su calidad de texto, son eventos *sumidos en el lenguaje y en la historicidad*, es decir, grabados en palimpsesto. Las ciencias duras, en la medida que pretenden escapar falsamente de su calidad de texto, se convierten inadvertidamente en el relato dominante, privilegiado, de la *modernidad*; es decir, un texto que se pretende a sí mismo como no incluido en palimpsesto, sino en el «escrito está» de un pergamino definitivo¹. Las ideologías, ese fenómeno de la modernidad, son mimetismos de las ciencias duras y de sus inadvertidas presuposiciones.

Vivimos en ese fluido juego de los textos en sus dos sentidos; vivimos en palimpsesto. Esta es una interesante relación que merece la pena resaltar. Sin ser humano no hay lenguaje y no hay *mundo*. Habrá realidad, si se quiere, pero no *mundo*. Pero, a su vez, el *mundo*, entendido de la manera que hemos explicado, actúa como la precondition de posibilidad del lenguaje y del ser humano. Es la imagen de un movimiento caleidoscópico a través del cual se vislumbra la luz. Es la imagen del palimpsesto.

V. APUNTES POSMODERNOS; CONECTANDO
ESTA VISIÓN CON LO POSMODERNO

En *Apuntes Posmodernos* nos gusta esta paradoja hecha imagen en el palimpsesto. Esta paradoja me parece, liberadora, *subversiva* (deconstructiva con minúscula, para los que les guste el argot), en el sentido siempre liberador de ese término y que, en su misma conciencia de ser palimpsesto, se libra de muchos riesgos². La mutabilidad, fluidez y juego del palimpsesto la libra del *primer* riesgo, el riesgo del dogmatismo. Éste es un riesgo grande en las dos vertientes del monoteísmo. En la vertiente de la *modernidad* el riesgo es el dogmatismo ideológico y científico, y en la vertiente de la *posmodernidad*

el riesgo es el dogmatismo o fundamentalismo religioso y el dogmatismo nacionalista³. El fundamentalismo es una apelación a un entendimiento de la fe en contraposición radical a la razón; el nacionalismo es una apelación al vínculo primitivo de la sangre o del *destino común*. Del *segundo* riesgo, el riesgo habélico, el riesgo del *guirigay* suspendido en el vacío, el riesgo del absurdo y del nihilismo, la libra ese horizonte siempre en desplazamiento del que hablábamos más arriba, que actúa como la diana de todas las significaciones (los textos) del palimpsesto, y que es la esperanza *atemática*⁴ de todos sus escribanos. Desde esta conciencia de historicidad, del modo hermenéutico de estar en el mundo, del sentido, *consentido*, pero no *contemplado*, nos abrazamos al diálogo, no como estrategia, no como instrumento político o social sino más profundamente como modo de ser y de estar. (Quizás debía decir modo de *ser-estar*). Desde este modo de *ser-estar* que es siempre, y de antemano, nuestro modo de entender lo humano, nos encontramos a nosotros mismos ya en camino, en viaje, en peregrinaje. Este viaje no tiene comienzo humanamente absoluto ni destino humanamente absoluto, sino que ya nos despertamos al amanecer de la vida en camino y en viaje, «...caminante no hay camino, se hace camino al andar...», por recordar a Antonio Machado.

Es esta visión del *misterio* de lo humano, esta visión del texto en todos sus sentidos lo que nos hace posmodernos, lo que le da a *Apuntes Posmodernos* su posmodernidad y la segunda mitad de su nombre.

Se ha abusado mucho del término «posmoderno», «posmodernidad». No es éste el lugar para detenernos en un examen como es debido de los sentidos de ese término, pero sí podemos dejar unos trazos acerca del uso que de él hacemos. Podríamos decir que una crítica aguda de la modernidad que no se quede en mera resaca moderna, sino que apunte más allá de sí misma, se da ya en Nietzsche y en Kierkegaard. Estas semillas son recogidas en Heidegger, el *primero* de los dos grandes originadores del pensamiento posmoderno en el siglo XX, quien especialmente en su tercer período, el llamado «tercer» Heidegger, las desarrolla y transforma en su «camino hacia el lenguaje»⁵. La presencia en Heidegger del pensamiento todavía moderno de Husserl es progresivamente dejado atrás en la segunda y tercera de las llamadas «vías» de Heidegger. Es imposible exagerar la presencia de Heidegger en el pensamiento occidental en los años subsiguientes a la publicación de *Sein und Zeit* (*Ser y Tiempo*) (1927) y, especialmente, en los años de la posguerra. Esto es evidente en la progresiva aparición de la corriente hermenéutica en H. G. Gadamer y en Paul Ricoeur, donde ya resulta claro el carácter posmoderno de sus presuposiciones y de su temática. La publicación en 1960 de *Warheit und Methode* (*Verdad y Método*) donde se recoge y sintetiza el pensamiento dejado por Gadamer en múltiples ensayos publicados durante las décadas de los 40 y los 50, así como la publicación de *Le Conflit des Interprétations: essais d'herméneutique* (1969), de Paul Ricoeur, marcan inflexiones importantes del desarrollo del pensamiento hermenéutico y posmoderno. Pero la presencia de Heidegger se extiende más allá de la hermenéutica y se hace presente en textos tan diversos como Foucault

y Marcuse⁶. Por otra parte, el desarrollo del pensamiento de Maurice Merleau-Ponty después de la publicación de la *Phénoménologie de la Perception* (1945), donde el creciente y más radical papel del lenguaje va transformando su herencia fenomenológica, demuestra también el diálogo entre este pensamiento fenomenológico y la tradición semiótica.

Esta mención del texto semiótico nos lleva directamente a Saussure, la segunda gran fuente de la posmodernidad. Los apuntes para su curso de Lingüística General fueron publicados en 1915 (después de su muerte en 1913) por dos de sus estudiantes, bajo el título *Curso de Lingüística General*, donde el viraje hacia la centralidad del lenguaje adquiere matices diferentes a su desarrollo en el texto hermenéutico. El estructuralismo es su versión más paradigmática y Lacan, Lévi-Strauss y Barthes, probablemente sus exponentes más notables. El estructuralismo traía consigo, muy enraizado en su tratamiento del lenguaje, las presuposiciones de la modernidad. Es precisamente la superación de estas presuposiciones lo que le da al posestructuralismo su carácter posmoderno. Por último, se pudiera decir que en Jacques Derrida se da un cierto maridaje (sin reducir la una a la otra) de estas dos grandes líneas del desarrollo de los *pensamientos posmodernos*. Su publicación de *De la Grammatologie (De la gramatología)* (1967) y su conferencia en el anfiteatro St. Michel, de París, en 1968, titulada *Différance* (sic) marca, junto con las publicaciones anteriormente citadas, el advenimiento del primer desarrollo maduro de los *pensamientos posmodernos*. Se pudiera decir que estos *pensamientos* alimentan, con elementos distintos, un flujo común, que va desde Derrida, en una vertiente, hasta Jürgen Habermas en la otra, pasando por Foucault, Lyotard, Gadamer, Ricoeur y otros, en el medio, fluidamente.

Los *pensamientos posmodernos* no son un *movimiento* filosófico, sino una manera de comportarse al pensar. La línea común que los relaciona es una reconsideración y rechazo cuidadoso, modulado y, a veces, solamente parcial, de algo que se remonta en la tradición occidental a Parménides, Platón y Aristóteles, pero que alcanza una formulación *radicalizada* y explícita en la modernidad y sus gérmenes en Galileo, Bacon y Descartes. Lo que así se reexamina y rechaza es el estrechamiento epistémico implícito en la *radicalización* de la afirmación de acceso privilegiado, o puro, del intelecto a las últimas estructuras de la realidad. De esta radicalización brotaron grandes aperturas para el ser humano: los beneficios que surgieron de las ciencias naturales y de las ciencias sociales, la organización del Estado de una manera racional y objetiva; la progresiva limitación del poder y de su ejercicio en función de ese orden racional y objetivo; el progresivo reconocimiento de los derechos positivos y negativos del ser humano en función de su ubicación y relación con esa estructura social y estatal. Sin embargo, el estrechamiento epistémico implícito en la radicalización trajo también consigo maleficios considerables y evidentes en los dogmatismos excluyentes procedentes de las ciencias, tanto naturales como sociales, y en los dogmatismos excluyentes procedentes de las ideologías, y aun de la misma objetivación de

la sociedad y del Estado. Cuando decimos «ideologías» es posible que, enseñada, venga a la mente del lector el fascismo o el materialismo dialéctico, pero no debemos olvidar que el capitalismo es también una ideología. No debe confundirse aquí el ejercicio del mercado, o el juego de la libre empresa, o la vida de la democracia, con el capitalismo ideológico.

La modernidad, en su *telos* primordial, fue un evento liberador, pero su articulación en términos de la fundamentación epistémica en la subjetividad, su consecuente despliegue de la objetivación y sus eventuales tendencias totalizantes y exclusionarias, provocan un rompimiento y un rechazo. Ese rompimiento y rechazo es el surgimiento de los *pensamientos posmodernos*. Este rompimiento y rechazo se lleva a cabo a través de varios desplazamientos centrales: primero, desplazando la subjetividad que, entendida en su contexto original, se extiende desde Descartes hasta Husserl; segundo, señalando y apuntando la centralidad y prioridad del lenguaje en toda su concreción, historicidad y finitud como primer *locus* inevitable y modulador de la interpretación, del entendimiento y de toda la actividad filosófica y «científica»; tercero, rechazando la posibilidad de una meta-narrativa dominante, y cuarto, aceptando la *diferencia* como articuladora de la finitud del conocimiento⁷. Los *pensamientos posmodernos* nos señalan con esos desplazamientos que el lenguaje, el entendimiento y el mundo tienen una intimidad que es la posibilidad misma del conocimiento, pero también su limitación. No hay vía directa a la realidad que no pase por el lenguaje y el lenguaje es temporal e histórico. En otras palabras, nos impide hacer hogar ontológico absoluto y esto implica el reconocimiento del contexto del *misterio* en que se desenvuelve la realidad humana. En ese misterio *re-ganado* se *disuelve* la modernidad⁸.

En la imagen del *palimpsesto* queda plasmado este *misterio* de la condición humana, así como el comportamiento del lenguaje como articulador y modulador imprescindible de la interpretación y el entendimiento en su intimidad con éste y con el mundo. Es la posibilidad de convergencia en esa imagen del palimpsesto la que ilustra nuestra identificación con lo posmoderno. Nos reconocemos viviendo y pensando en esa madeja de pensamientos. Una madeja que, como tal, no es unívoca sino que, como dijimos más arriba, es una madeja pluriforme de *pensamientos* que hallan su confluencia en aquellos elementos que les permiten, precisamente, ser plasmados en una imagen común, la imagen del palimpsesto. De ahí la segunda parte de nuestro nombre, *Apuntes Posmodernos*. Pero, ciertamente, no debe ser difícil vislumbrar desde aquí la primera parte de nuestro nombre, *Apuntes*. El *palimpsesto* no es otra cosa que eso, *apuntes*. Textos que se saben invitación a otros textos y en función de los cuales van a ser borrados, aunque sea solamente de manera parcial y a medias. *Apuntes Posmodernos* se entendió siempre a sí misma como textos en camino, en diálogo. Y, sin embargo, lo interesante del *palimpsesto* es que, aunque los textos no son definitivos, algo de ellos queda en esa superficie borrada a medias, la convivencia de lo viejo y de lo nuevo, la convivencia de la *repetición* con la *irrupción*.

VI. LA TEMÁTICA DE *APUNTES POSMODERNOS*; EMPATÁNDOLO CASI TODO

Una vez desplegada esta imagen del palimpsesto en su centralidad y en su triple juego de sentido, nos acercamos a la cuestión de la temática de sus números.

¿Qué temática es cubana? Cualquier tema desarrollado por un escribano cubano pertenece, en sentido amplio, a la temática cubana. Pero quizás algunos piensen que esa respuesta no responde a la pregunta, sino que simplemente la difiere a otra pregunta. ¿Quién es un escribano cubano? Ambas preguntas están apuntando a la problemática de un «canon» que defina los textos «cubanos» y por consecuencia la «cubanidad». Ahí entramos en una pendiente resbaladiza.

VII. EL «CANON» DE LA «CUBANIDAD»

La «cubanidad», al igual que la «americanidad», y que la «germanidad», etc., en cuanto a pregunta de *identidad*, en cuanto a la determinación de su canon de textos, y en cuanto a su interpretación, es palimpsesto. Podríamos decir que una nación (no un Estado), una «identidad» nacional, existe solamente en la tensión interpretativa, multiforme, dinámica y fluida, entre un número finito de personas y un número finito de textos. ¿Quiénes son esas personas en el caso de lo «cubano»? ¿Cuáles son esos textos en el caso de lo «cubano»? La pretensión de contestar la primera pregunta desde un criterio excluyente es la primera tentación. La pretensión de cerrar el canon es la segunda tentación y la pretensión de cancelar la tensión interpretativa, establecer un canon interpretativo, es la tercera tentación. De caídas en estas tentaciones está llena la trayectoria de los cubanos de la *Ínsula*, y de los cubanos del sur de la península. Desde luego, éste no es un pecado exclusivo de los cubanos, pero ciertamente uno cultivado por nosotros con peculiar asiduidad y ejemplar firmeza.

En nuestra labor editorial en *Apuntes Posmodernos*, escogimos como uno de los criterios fundamentales el desafío a la fijación del canon y a la fijación de su interpretación. Interpelar el canon interpretativo en todas sus dimensiones nos parece una labor aconsejable en todos los casos, pero imprescindible en el caso cubano. Subvertir (deconstruir) las hagiografías de la «cubanidad», abrir horizontes interpretativos nuevos a asuntos petrificados por la fijación ideológica, las fijaciones dogmáticas de diversos signos y la calcificación de la *tradición* nos parece algo profundamente necesario para el proceso cubano, además de un objetivo necesario y suficiente para nuestra publicación. No se trata de un afán destructivo, sino de la esperanza que de la deconstrucción emerjan nuevos tramos del camino. El riesgo implícito en el entre-juego de la *repetición* y lo *nuevo* es el riesgo implícito en el meollo mismo del *misterio* de lo humano. El camino es riesgo. Cancelar el riesgo es salirse del camino y, como la mujer de Lot, convertirse en estatua de sal.

Si usamos el término «discurso» para describir una estrategia interpretativa del texto en todos sus sentidos y al conjuro de la cual emerge un mundo,

pudiéramos decir que no nos preocupan los *discursos* cubanos, sino su *meta-discurso*. No nos preocupan las diversas estrategias interpretativas del texto cubano, los diferentes discursos, sino las reglas matemáticas que se erigen en estructura canónica y que rigen el juego de los discursos y tienden a impedirle al texto cubano su movimiento y comportamiento como palimpsesto.

La lectura cuidadosa y profunda del meta-discurso cubano emplaza la historia, la genealogía y el modo de ser mismo del lenguaje/mundo en que respiramos. Resulta sorprendente que una cultura en donde se prima tanto la simpatía y la ligereza pueda asentarse sobre tanta *pesadez ontológica*. La tensión binaria *ser-estar* es una de las más eficaces *semillas codificadoras* del meta-discurso cubano como parte del meta-discurso más amplio del mundo hispano hablante. El descodificador que lo descodifique buen descodificador será.

Es la lectura cuidadosa y profunda de los discursos y su meta-discurso la que en *Apuntes Posmodernos* hemos querido, y queremos, arropar. Evidentemente, no lo hemos logrado siempre, pero disfrutamos haciendo el esfuerzo. Tampoco nos vanagloriamos de ser los únicos que pretendemos hacer esto, ni siquiera los más exitosos al hacerlo; simplemente lo cultivamos y lo disfrutamos. Queremos ser palimpsesto para invitar a nuestros lectores a dialogar lo *humano* y lo *cubano* en clave de palimpsesto. La posibilidad de vivir *en diferencia* es la posibilidad del respeto a las diferencias en el vivir.

En este último párrafo, sólo nos queda insistir en que no escribimos ni publicamos *contra* nadie, sino en diálogo con todos y sin excepción. No excluimos a nadie del canon de las *cubanías*. Seguimos nuestra trayectoria en palimpsesto.

1 Ver *The Structure of Scientific Revolutions*, donde su autor, Thomas Khun, nos presenta lo que pudiéramos llamar una interpretación posmoderna de la formación del texto de las ciencias duras.

2 El término «deconstructivo», o «deconstrucción» es uno de los términos del que más han abusado, me parece. Muchas veces lo encuentro en lugares en que me despertan la sospecha, no necesariamente justificada, de que está siendo usado más por efecto que por necesidad comunicativa. Aquí lo uso poco, y lo sustituyo por otros términos que puedan llevar una carga parecida. Sí me gustaría recordar al lector que la noción no es totalmente original de Derrida, sino que éste la tomó de Heidegger, si bien dándole un pequeño giro propio. (Ver *Sein und Zeit*).

3 La relación del monoteísmo, como noción histórica, con los dogmatismos de la modernidad y de la posmodernidad es tema sobre el que extenderse en otro ensayo y queda aquí meramente apuntada.

4 Ver la nota 1.

5 Ver, entre muchos otros, *Eclipse of the Self*, de Michael E. Zimmerman (Ohio University Press, London, 1981) para una discusión de las tres etapas del pensamiento de Heidegger.

6 Para la relación con Marcuse ver «*Existential-Ontologie und historischer Materialismus bei Herbert Marcuse*», de Alfred Schmidt, en *Antworten auf Herbert Marcuse*, editado por Jürgen Habermas (Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1968).

7 La «*difference*» es su versión más radical.

8 Además de las obras que cito anteriormente, el trabajo de Hugh Silverman en esta área me ha sido muy útil en la preparación de otros trabajos sobre los que se apoya notablemente esta sección. Me es imposible citar textos específicos, pero no quiero dejar de citar la deuda con su obra. Su labor de editar y contextualizar los muchos y notables estudios de las series sobre filosofía continental y sobre fenomenología y pensamiento existencial ha sido de un enorme valor para todos los que trabajamos el área.